

LA MANZANA MORDIDA



LA PERPETUA DANZA DE LA ESPERANZA

Año XXV - Lima, Agosto del 2000 - N° 51
Magdalena del Mar - Lima 17 - Perú
Teléfono: 261-4385

CARLOS ZUÑIGA SEGURA
DIRECTOR

UNMSM-CEDOC

Presentación

La poesía peruana de la década del 80, registra el signo y aroma de una voz novísima que florece en la región central del país. Se trata de Carolina Ocampo Abásolo (Huancayo, 1958) cuyo primer libro “Amarte es parte mía” (Ed. Capulí, 1985) revela la afirmación de un destino, de una vocación consagrada a trocar los tiempos fracturados en esplendorosa esperanza.

La lectura de este hermoso libro nos recuerda las palabras de René Char en el sentido que: “A cada derrumbe de las pruebas el poeta responde con una salva por el porvenir”. Ciertamente, Carolina Ocampo en el ejercicio de un notable equilibrio verbal hace que los recuerdos y esperanzas se fusionen para cubrir los espacios de las heridas que el tiempo y la vida nos marca y a pesar de ello afirmar:

CUANDO SE AMA LA TIERRA
CALIENTE
DE ESPERANZAS
NO SE PUEDE
SER TRISTE.

A este primer libro siguió “Oda a la utopía” (Ed. Capulí, 1998) convertido en estancia iluminadora, donde la palabra como señala Lindsay Kemp se constituye en: “Murmullo, suspiro o lamento de la sangre” para asumir la gran aventura de vivir con el alborozo de la utopía.

CUANDO LA CERTEZA
DE PARIRTE
POESÍA,
ME CUBRO DE PLUMAS
DE AGUA
DE FUEGO
DE SAL Y DE EXTREMOS

ENTONCES
SOY ALADA Y ETERNA

Este número de “La Manzana Mordida” que luce un cuadro de Josué Sánchez notable pintor nacional, reúne algunos poemas de los dos libros publicados a la fecha, textos inéditos, manuscritos, comentarios críticos a cargo de Manuel Baquerizo y Tulio Mora; y, un valioso testimonio escrito por el poeta Nicolás Matayoshi, esposo de Carolina.

Con esta entrega queremos destacar el excelente nivel poético de Carolina Ocampo, la armonía y respeto como ejes fundamentales en el hogar de dos creadores que asumen visiones particulares de la creación literaria con absoluta independencia; su comunión de esfuerzos a nivel de padres de Almendra y Sebastián y en lo profesional una asunción generosa que luego de tantas batallas florece hoy como una auténtica GEMA.

Finalmente, a través de estas páginas expresamos nuestro agradecimiento y felicitación a Carolina Ocampo y Nicolás Matayoshi por la excelente organización del VIII Encuentro Regional de Escritores 99 realizado en la ciudad de Huancayo del 24 al 30 de octubre con asistencia de cientos de escritores de Junín, Ayacucho, Huánuco, Cerro de Pasco, Huancavelica, Apurímac, Cusco, Puno, Lima y Ucayali

En este extraordinario evento Carolina y Nicolás, acompañados por los poetas Sergio Castillo y Gerardo García Rosales se convirtieron en auténticos artífices y gracias a ellos los poetas asistentes sentimos el calor de los estudiantes, de las comunidades, de los hombres y mujeres con quienes compartimos el fuego eterno de la vida que llamamos poesía.

Marbella, Fiestas de Navidad, 1999

CARLOS ZÚÑIGA SEGURA

Amarte es parte mía

Sentir este mismo aire después de tanto tiempo.

Cómo no estremecerse.

Cómo no entender la nostalgia de estar vivo
o estar muriéndose cada hora
con cada compañero que cae
con cada esquina de piedras y barro
con cada camino
y otros pies
que no son los propios?



Traje veinte palomas
un río azul
y el arco iris
que nace cuando llueve.

Traje mi vestido nuevo
mis sandalias
y aún mis botas viejas.

Qué hacer
con tan poca cosa
si no traje
el mundo en mis espaldas



Cuando se ama la tierra
caliente
de esperanzas
no se puede
ser triste.



Comienzo escribiéndote
hermano.

Y sé derrepente
que lo que hemos vivido no es suficiente
y sé derrepente
que tengo nostalgia

—bendita palabra que resume tantos sentires



Afirmo con certeza
mi libertad
aunque esta venga
pintadita de azul
revoloteando en la seda
de tus propios cabellos.

Afirmo entonces
—no sobre el disfraz, certeza de muñecas—
sino sobre lo vivido
sabiendo de nuestras fuerzas
de siembras
y cosechas.



Escribirte
pensarte
gritar desesperadamente
cien veces
miles de cientos de veces
a ver si así
puedo reconstruir
la paloma
que cayó hoy de mis manos.

A ver
si siento nuevamente
esa cosa loca
que es cambiar este mundo
y entregártelo nuevecito
como una blusa recién hecha
como una falda plisada amada por el viento.



Aún
no quiero tocar
tu piel de luna
déjame
sentir un poco más
lo que siente
la tierra
cuando la besa el agua
tiernamente.



Almendra
de
juguetes viejos
de
cabellos negros
cabalgando vientos.

Almendra
de tantos recuerdos
de
tantas estrellas
de
tanto cielo.



Sentirte fuego en mis entrañas
para ser besos en un solo beso
beso lleno de palomas
de azúcar
árboles de noche.

Lluvecita tranquila.



*De: Amarte es parte mía
23 de setiembre de 1986.*

Oda a la Utopía

Cierro mis ojos
y espero que llegues dulcemente poesía

Mi vientre está tibio
mis brazos abiertos
esperando el universo de tus besos

Anhelo
tu color
tu tersura, tu aroma

Te estoy esperando
poesía.

 **H**e danzado tanto a tu costado
que mis enaguas se gastaron
y el brillo de las noches olvidadas
ha roído el pan y la buena madera

Me sorprende ahora
mi propia melodía
la serena quietud de mí misma
para abrir las puertas en la oscuridad
para aceptarte poesía
en tu espacio infinito
diabólico, bendito,
luminoso.



Ay, Utopía

En cuál esquina
rondan tus sueños
tus alas nuevas?

En cuál árbol, en qué nido
en qué cántaro
en qué vestido?



América, tierra bendita y mancillada
mi amante
mi esposo, mis cadenas
mi libertad bravía
mi silencio de piedras y montañas
mi vértigo de climas y árboles

América, pedazo de todo mi mundo
completo y henchido
sin cadenas
patria donde mis hijos
amarán y sembrarán futuro.

De dónde nace
esta América que late en mí
que me atormenta y me tortura
que me lacera y me cura?



Dónde –madre– perdí
el camino?

Hoy encuentro mis raíces
ancestros de sol y arcilla
de cóndores, llamas y vicuñas

Dónde he estado
dejándome atrapar por la ruina y la algazara?

Dónde dejé las tinyas, la chicha de maíz,
la papa dulce,
la fiesta compartida, soberana?

Dónde perdí –madre–
el camino?



Tenía
una casa grande
con inagotables macetas
de helechos y geranios
Limpiaba los cristales
y al abrirlos
el viento jugaba con mi cabello negro

Tenía
una gran casa
con arcos y caballos
con nubes y fantasmas

Tenía
muchos libros
saltando en las ventanas
infinitas palomas
y en las cortinas arañas

Tenía
—hoy ya no—
dos hijos
y su infancia.


Celebro mi vida
con la humedad del trópico
enredo el calor en mi cuerpo satisfecho
el sabor del ron en mis poros

Celebro mis años
en mi plenitud de mujer amada
soledad
de siglos dantescos

de tierras bendecidas y malditas.



El incienso te llama
desaparecen tus encajes
tu blusa bordada en lino
pequeños pasos perdidos
en el pasadizo infinito de mi memoria

El viejo reloj
las vitrinas cerradas
la mermelada de naranja aún caliente
los tulipanes
el ginebra claro en su botella de arcilla

Están los árboles
en sus maceteros metálicos
las ollas de barro, las mantas, los mandiles

Acaso el humo del cigarro
las hojas de coca dulce
puedan conjurar este otoño temprano
—aún verano—
y llevarme allí donde los cerros
gritan sus órdenes y plegarias.



R
ecorriendo tu cuerpo
con la limpidez de una mazorca
con la pasión de una manzana
El amor viene a los treinta
bordado en mil colores
sobre la trama y la urdimbre
de un bello tejido de lino
Y el amor viene
sobre mi piel, debajo de mi piel
junto a mi cuerpo
como el aire del mar
cuando juega en mis cabellos
cuando moja mis pies
y embriaga mis sentidos
Y no debo ser perdonada
ni perdonar nada
porque el amor a los treinta
ya no es pecado ni redención
ni letanía, ni purgatorio
es sólo el placer perfecto
de amarte.



De: Oda a la Utopía
5 de enero de 1998

Inéditos

Ansiada soledad
para hallarme
inaudita
sorprendida, cósmica

Sin velos
límites
ni alquimias
encuentro mi ser

Vals solitario
ahogado en sus recuerdos.



Saltando en el universo
mirándome
en el vacío del mar
acunando en mi regazo
las brasas de sol

Estoy aquí
sintiéndome eterna...



Dibujo cada letra en el fondo de mis bolsillos
allí donde –a veces–
las monedas hacen música
tibia melodía
convertida en pan y leche.



Manuscritos

Símiles y concéntricos
el verso y los caminos
el azar, los atletas
los trinos y el viento

Símiles y convergentes
el agua y los ángeles
el sonido, las piedras
la risa y los pañales

Carduña
23. 6. 99

La palabra exacta
exacta semilla
exacto polen
fecundando la tierra
día después de la noche
estruendo y silencio
nido perfecto
gardenias, jazmín, alondras
verbo esplendoroso
ansiado orgasmo
frenesí de almíbar
irrumpiendo en la escarcha
Verbo, carne, espíritu
anhelada palabra
beso trémulo
del papel en mis rodillas.

Carolina₃

26.02.99

15

Quédate calladita
serena

y comparte conmigo
la sara de la vida
y el frenesi de mi amor
Quédate allí, así como estás,
desnuda y clara
déjame llenar mi corazón
con tu brillo y tu embujo
déjame en los ojos
la silla con tejido de paja antiguo
y tu ropa dobladita en ella
Déjame la atroz alegría
de saberme reclamado
en tu abrazo, en tu cuerpo
en mi lecho

Quédate calladita amor
amor de verbena, de menta
de caña de azúcar
amor de silencio.

Carolina 16.6.99

Traducciones

(Al italiano)

America, terra benedetta e macchiata
il mio amante
il mio sposo, le mie catene
la mia libertà indomita
il mio silenzio di pietre e montagne
la mia vertigine di clima e di alberi

America, pezzo di tutto il mio mondo
completo e pieno
senza catene
patria dove i miei figli
ameranno e semineranno futuro

Da dove nasce
quest'America che pulsa in me
che mi martella e mi tortura
che mi lacera e mi sana?

Gladys Basagoytia
Perugia - Italia

Traducciones

(Al francés)

Amérique, ma terre bénie et tachetée
mon amant
mon époux, mes chaînes
ma liberté sauvage
mon silence de pierres et de montagnes
mon vertiges de climats et d'arbres

Amérique, parcelle de tout mon univers
complet et enflé
sans chaînes
patrie d'où mes enfants
aimeront sèmeront l'avenir

D'où naît-elle
cette Amérique qui bat en moi
qui me tourmente et me torture
qui me lacère et me guérit?

Trad. C. Dumas

Poesía y Esperanza(*)

Carolina Ocampo (Huancayo, 1958) es una de las voces líricas más sobresalientes y solitarias de la región central.

Desde la publicación de su primer poemario, *Amarte es parte mía* (1986) –insólita inmersión en el proceso del alumbramiento biológico y literario–, ella ha venido construyendo, en forma lenta e indefectible, un universo poético personal. El libro que ahora da a conocer, *Oda a la utopía*, es una suma de experiencias particulares y colectivas adquiridas en estos últimos años, signados por la violencia y el anonadamiento. De temática rica y variada, abarca múltiples vivencias, que van desde la confesión íntima hasta la transposición de imágenes y evocaciones de su tránsito por otros territorios. En general, se trata de poemas muy breves y alados, donde la autora expresa, con lenguaje parco y delicado, su sentimiento de asombro ante el mundo, la inquietud existencial y una crítica sutil a la realidad que nos circunda.

La poesía, para Carolina Ocampo, es una fuerza que atrae poderosamente, un fuego que abraza y que no se puede eludir (“Las palabras –dice– vienen a mí/en remolinos de viento, temor y algarabía”). En este libro, ella dialoga con la poesía, con la palabra y con otro poeta como Pablo Neruda.

Oda a la utopía es un canto que late al ritmo de la vida y que fluye en el torrente de la historia (“crecí en un tiempo furioso”, “la muerte danza alrededor nuestro”), revelando así su tensa preocupación por comprender el sentido de las cosas y el transcurso de los acontecimientos. (“necesito entender/estos días”). Se pregunta asimismo por su identidad y sus orígenes (“encuentro mis raíces perdidas”). Y no por ello deja de sentirse habitante de una patria mayor: la América toda.

Está hoy de moda desdeñar los grandes mitos, no pensar en el futuro y no creer en nada. Pero, oh vanidad, toda moda es, inevitablemente, pasajera y volátil. Lo permanente es el principio de la esperanza, componente inseparable de nuestra condición humana, tal como lo ha hecho notar, en forma luminosa, Ernest Bloch, tras su vasto recorrido por los diversos ciclos de la historia universal. Esta es la convicción que anima también a la autora de este vivificante poemario. Carolina Ocampo crece en la humanidad y tiene una visión optimista del porvenir. Para ella, la utopía no ha muerto: solamente se trata de saber por cual de ellas optar, hoy en día:

AY UTOPIA
¿EN CUÁL ESQUINA
RONDAN TUS SUEÑOS
TUS ALAS NUEVAS?

¿EN QUÉ ÁRBOL, EN QUÉ NIDO
EN QUÉ CÁNTARO
EN QUÉ VESTIDO?

A contracorriente de las voces desencantadas y pesimistas que predominan en las letras peruanas actuales, la de Carolina es una poesía de amor y de celebración de la vida, que se solidariza con los hombres y con el propio destino de América. Poesía serena, reposada y diáfana, si las hay; en fin, poesía de certidumbres, más que de negaciones. Para ilustrarlo, nada mejor que transcribir uno de los poemas más representativos del libro, que, de paso, nos da una imagen de su lenguaje, de su contenido y de su misma poética:

AQUÍ ESTAMOS AMOR
CON LOS OVEROLES PUESTOS
Y NUESTROS NIÑOS
(TRIGALES AÚN VERDES)
ESPERANDO EL SOL.

Y NO IMPORTAN LOS ZAPATOS VIEJOS
LAS MANOS ÁSPERAS Y CALLOSAS
LAS RATAS EN EL PATIO
NO NOS ALCANZA LA TRISTEZA
NI EL FRÍO DE LAS LLUVIAS
NI EL VÉRTIGO DE ESTE TIEMPO VIOLENTO.

SOMOS HACEDORES DEL FUTURO
Y NUESTRAS RAMAS MIRÁN EL AZUL DEL CIELO
JUGUETONAS Y SEGURAS

M.J.B.



La Voz Singular de Carolina Ocampo

Escribe: Manuel Baquerizo

Susana Reisz, prominente estudiosa de la poesía escrita por mujeres, hace notar en un libro reciente (*Voces sexuadas. Género y poesía en Hispanoamérica, 1996*) que lo que distingue a esta poesía es la deconstrucción feminista, la obsesión por poner en el centro de su poética el problema específico de la mujer. Aunque la misma Reisz aclarará posteriormente que la denominación de poesía femenina debe aplicarse en rigor solamente “a las obras que expresan formas de experiencia especialmente ligadas a la situación de la mujer como representante del “segundo sexo” (p.25). Los esfuerzos de las poetas por elaborar imágenes de sí mismas, emanadas de esta creciente conciencia de género, cubren ciertamente estrategias y entonaciones ideológicas muy variadas: desde la articulación de un sentimiento de fealdad y minusvalía hasta la glorificación del cuerpo femenino; desde los acentos patético-trágicos hasta una sutil ironía autodescriptiva; desde la mimesis ambivalente hasta la parodia bufonesca de los ideales de belleza y el retrato patriarcal de la mujer; desde la romantización del erotismo femenino hasta el exhibicionismo con alardes de conquista sexual; desde el estilo “sublime”, barroco y arcaizante, hasta el más recio argot y la abierta obscenidad.

La autora de *Voces sexuadas* incluye en este grupo de poetas, desde Blanca Varela –poeta de los años cincuenta que se distinguió siempre por su lenguaje asordinado y secreto y que ahora traslada sus explosiones afectivas al plano simbólico y lírico– hasta Rosina Valcárcel, cuya poesía es la más alta expresión de la literatura social,

como puede verse en *Una mujer canta en medio del caos y Loca como las aves*. “En muchos textos de las mejores poetas de hoy –dice Reisz– se pueden oír muy nítidamente los acentos mutuamente discordantes de un yo arrinconado y debilitado hasta la extenuación, que reclama su derecho a la autonomía” (p.37).

Casi todas las poetas mencionadas por Susana Reisz se caracterizan pues por banalizar y degradar los antiguos temas líricos: el amor, el paso del tiempo, la muerte y la utopía; casi todas, emplean un lenguaje directo, áspero e irónico y un tono sarcástico; y, casi todas, tienen una actitud descreída, amarga y desesperanzada.

La poesía de Carolina Ocampo va por otro camino: podría decirse que en su escritura no existe la marca de género. Ella no está obsesionada por hacernos sentir una situación de marginalidad, como Giovanna Pollarolo, en *Entre mujeres solas* o en *La ceremonia del adiós*; como Rocío Silva Santisteban, en *Ese oficio no me gusta*, o como Patricia Alba, en *O un cuchillo esperándome*. Tampoco cede a la tentación del exhibicionismo físico y sexual o al empleo del lenguaje crudo, violento y obsceno, como Carmen Ollé, en *Noches de adrenalina*. Y, seguramente, no suscribiría los versos de Patricia Alba:

De nada sirve levantar los párpados y mostrar
Una lánguida mirada.
Ahora son necesarias las palabras gruesas
Los gritos desaforados, los movimientos y la provocación
Serán las armas.

En este sentido, la poesía de Carolina Ocampo es bastante convencional, muy ceñida a las normas tradicionales de poetizar. Para tener idea de la distancia que media entre su poética y la de las autoras citadas antes, bastaría mencionar un sólo ejemplo. En la mayoría de las poetas actuales se encuentran tópicos como éstos: “el pánico a envejecer” y el “disgusto con la propia imagen de mujer adulta”. Carmen Ollé escribe:

Tener 30 años no cambia nada salvo aproximarse
al ataque cardíaco o al vaciado uterino

Hoy se pierde un diente mañana un ovario

La sonrisa de la Monalisa indica el camino del
envejecimiento detenido por las cremas.

Rocío Silva Santisteban expresa, por su parte:

Yo soy esa diosa, yo soy esa Venus, precisamente yo
la que se levanta de la tina, desnuda.

Detrás mío sólo las luces, el espacio entre el límite
del hastío y la evasión; yo soy aquella vieja, a los 28 años
las curvas de mi cuerpo le dan asco a cualquiera.
En ese espejo que me retrata de cuerpo entero, miro
esas curvas y aguanto la arcada en la boca.

En cambio, Carolina Ocampo declara, con radiante gozo:

El amor viene a los treinta
bordado de mil colores
sobre la trama y la urdimbre
de un bello tejido de lino



porque el amor a los treinta
ya no es pecado ni redención
ni letanía, ni purgatorio,
es sólo el placer perfecto
de amarte.

Carolina tiene pues preferencia por las experiencias colectivas.
A veces es intimista y confesional, pero por lo general es objetiva y
comunitarista. Tiene inquietud por la dinámica social, por la historia
y por el devenir del mundo.

La Utopía en la Edad Perpleja

Por *Tulio Mora*

Carolina Ocampo es huancaína de origen y antropóloga de profesión. Ambas referencias pueden explicar en parte su segundo libro, empezando por el título “Oda a la utopía”. El tema de la utopía, como se sabe, está ligado en nuestro país al mundo andino, extraña paradoja ya que la utopía como idealización del mundo es intrínsecamente occidental. Basta recordar un libro extraordinario, casi reciente, de Alberto Flores Galindo, “Buscando un inca, nacimiento de una utopía”, para comprender los alcances de esa paradoja. Carolina Ocampo ha tenido la pertinencia de fundir y confundir todas estas alusiones de utopía para penetrar más en la esencia misma del concepto a partir de una simulación íntima, incompañable: la utopía que supuestamente nos va a recrear es la del amor, y dentro del amor, categoría de variables también infinitas, la del amor matrimonial. Sus dedicatorias están destinadas a su esposo, el poeta Nicolás Matayoshi, a sus hijos y amigos.

Sin embargo, lo que podría prefigurar el canto o la alabanza de la idealización, con un aliento previsiblemente optimista, se ve desde el principio desmentido. Esto explica, segunda paradoja, el apareamiento de dos palabras contradictorias: “oda” y “utopía”, pues la primera pertenece a lo que los griegos denominaban una poesía de género menor –que no tiene que ver con la calidad, sino con el tema poético– destinada a la recreación de los hechos cotidianos, es decir a los hechos intrascendentes, históricamente hablando, y la segunda a los grandes sueños colectivos, políticos, filosóficos o religiosos.

El sueño de Carolina Ocampo, a fin de un siglo de profusas connotaciones utópicas, las más de ellas preñadas de decepción y

tragedia, se sitúa también en el marco de la incertidumbre y de la reducción del horizonte a uno personal, características de los años que vivimos. Interesa situar esa coordenada previamente porque lo incierto es sinónimo de crisis. Y crisis de un proceso de reconstrucción de la certidumbre cuyo signo es precisamente la contradicción, lo paradójico.

Un estudioso chileno, José Joaquín Brunner ha escrito recientemente que en la era que vivimos, el miedo y la incertidumbre instalan la paradoja de la globalización/atomización. Los ciudadanos se sienten desprotegidos por el incremento de la inseguridad, sea de signo político o social, bombardeados por la tiranía de la televisión que erosiona cualquier certeza con su creciente mercado de violencia. Vivimos en un escenario social de “ventanas rotas” donde todo orden se ha erosionado por el individualismo y la fractura de los vínculos comunitarios. El sentimiento de acoso por una amenaza real o potencial se reproduce entre los ciudadanos en la reducción del horizonte de socialización. Es la crisis de la anomia.

En Carolina Ocampo la objetivación de la crisis se manifiesta como la asunción de lo utópico personal encarnado en la poesía cuya alabanza tiene curiosamente manifestaciones eróticas: “Mi vientre está tibio/mis brazos abiertos/esperando el universo de tus besos”; en otro texto leemos “Mi corazón/inicia el baile/ritual de amor/consumado/ sobre un lecho de papel”. Pero al mismo tiempo reconoce el poder dual de la palabra: “tu espacio infinito/diabólico / bendito,/luminoso”. Esta dualidad, negadora de la idealización, es lo que acerca la poesía a los actos cotidianos que le otorgan “sabor a óxidos y sobresaltos, / a bárbaras batallas / crueles acertijos / adversas brujerías”, hecha de palabras “torturadas, envilecidas, ciertas” y sin embargo es por eso mismo “redentora”. La escritora parece haber encontrado la clave del acto creador, lo que bastaría para confirmar que estamos frente a un libro de madurez, meditado en sus zonas oscuras y perturbadoras, y no al revés, desde la aparente transparencia de la superficie donde toda idealización de los actos humanos invita al error, al fracaso de la utopía.

En este contexto la utopía tiene sentido porque aludirla supone un más allá de los inevitables laberintos trágicos y viles de la historia que para Ocampo se revelan en ciertas recurrencias espacio-temporales (por ejemplo la alusión al tren en varios de sus poemas) e incluso gramaticales. El uso de los verbos “esperar”, “entender” y las frases interrogadas abundan en muchos de sus textos: “Qué fábula necesito ahora / para seguir viviendo? // ¿Qué recodos, caminos, horizontes / para hacer fuegos y acertijos / para tener cenizas?”, “Ay, utopía / en cuál esquina / rondan tus sueños / tus alas nuevas?” De esta manera, lo que parecía un discurso intimista se va abriendo camino hacia un universo más amplio donde la otra utopía, la verdaderas, ha sido derrotada: “¿A quiénes / confiamos / nuestra canción de paz? // ¿A qué abigeo / dejamos / cuidando / nuestra fe?”; “Ha muerto la utopía / viva la utopía”.

A partir de estos atisbos en la oscuridad la poesía de Carolina Ocampo se sumerge en la violencia de memoria reciente: miedo, muerte y ruidos atronadores de máquinas de guerra la impelen a buscar refugio en el microuniverso doméstico y no es casual que sus mejores textos estén confeccionados de ese aliento que convierte a la oda en oración de las cosas humildes, según el consejo poético de Pablo Neruda (al que dedica un poema), como por ejemplo el poema al grillo que, no obstante aludir a la muerte, “acompaña mis noches y entibia mi almohada”; o el poema a su casa, descrita en los detalles más minuciosos (“limpiaba los cristales / y al abrirlos / el viento jugaba con mi cabello negro”) asumiendo su pérdida y el crecimiento de sus hijos como un hecho natural, inevitable. Las cosas se le revelan porque se dan fácticamente, más que para ser comprendidas, para ser asimiladas como tales: la noche con “su vértigo de caballos”, el viento, la cuna son una celebración de la vida en tierras “bendecidas y malditas” por esa conciencia de desasimiento y fragilidad que la anima. Esto es lo que debemos entender cuando en otro texto se pregunta por el que la obligó a poner los pies sobre la tierra: significa aceptar lúcidamente este destino de brutalidad y fascinación que compone la vida y acaso por eso la intensidad es lo que mejor la define.

En Ocampo esta intensidad se ve enriquecida por la inclusión de la imagen minuciosamente sensorial a un discurso descriptivo en el cual el sujeto poético se delata a través de la emotividad, antes que por un proceso reflexivo. Es una fórmula novedosa en una poesía signada inicialmente por la brevedad y el impulso de un solo aliento, que le permite el desplazamiento por diversos escenarios relacionándolos corporalmente. Carolina Ocampo es contemporánea de las poetas que a partir de los 80 empiezan a renovar la poesía con un agregado fuertemente erótico, pero en su caso el autoreconocimiento físico –concomitante al alegato feminista– no es legítimo por sí mismo sino en esa correspondencia con el otro, es decir con el mundo que la rodea. Un poema particularmente logrado es aquel que define al amor como el recorrido del cuerpo” con la limpidez de una mazorca / con la pasión de una manzana”, amor que sólo se logra, según la autora, siguiendo el consejo de Heraud, mas para referirse al acto poético, “con los años”: “el amor viene a los treinta / bordado en mil colores / sobre la trama y la urdimbre / de un bello tejido de lino / y el amor viene / sobre mi piel, debajo de mi piel / junto a mi cuerpo / como el aire del mar / cuando juega en mis cabellos / cuando moja mis pies / y embriaga mis sentidos / y no debo ser perdonada / ni perdonar nada / porque el amor a los treinta / ya no es pecado ni redención / ni letanía, ni purgatorio / es sólo el placer perfecto / de amarte”. La comprensión del otro no tiene condiciones religiosas ni morales, tampoco idealizaciones, sólo el hecho fáctico, intenso, decíamos líneas arriba, del reencuentro donde el sujeto poético se reconoce placenteramente “perfecto” en el acto de amar.

Conviene, para concluir, resaltar dos aspectos: el primero es el carácter propiamente poético del libro: la amplitud de su registro, el apareamiento feliz de imagen y descripción, nos permite un tránsito muy variado que va de lo personal a lo colectivo, dejándonos la sorprendente sensación de un muestrario de época muy marcado. Me atrevo a afirmar que en esa línea puede depararnos muestras aún más sorprendentes en próximas publicaciones. Su madurez no lo explica sólo un manejo acertado de la palabra, sino sobre todo el

logro de transmitir esa perturbación de estos últimos años del siglo que la poeta quiere compartir con nosotros invocándonos a la plenitud.

El segundo es la concepción unitaria del libro. Inicia expresando “te estoy esperando / poesía” y concluye en la orilla del mar “esperando el silencio”. Al medio, como ya he referido, todas las alusiones a la espera del tren, a los detenciones en estaciones aluden al recorrido laberíntico que convierte a la utopía en un acto intransferible de búsqueda, acaso porque la época no propone otra opción que la renovación personal antes de entregarnos al “vértigo de caballos” de la historia futura. El libro es entonces una reconstrucción cuyas coordenadas son la poesía y el silencio, es decir la vida y la muerte que se abrazan en el infinito del que formamos parte. Esto es madurez y aunque la madurez no brota necesariamente de la edad, sí debemos atribuirle una condición imprescindible: el sufrimiento, el sentimiento de fracaso y en especial el negarnos a la resignación reafirmando que la vida es la perpetua danza de la esperanza. Es lo que ha hecho Carolina Ocampo en este libro.

Carolina Ocampo

Por Nicolás Matayoshi

El “karma” de un escritor es tener la certeza que, opinar por escrito obliga a sustentar permanentemente, so pena de no ser coherente o de hacer público el reconocimiento de las infidelidades entre lo dicho y lo actuado.

Pero esto no es aplicable con el amor que siento por Carolina, mi compañera de siempre, porque lo sucedido, en este caso, sustenta lo dicho. Amar a Carolina me ha sido realmente, muy sencillo, cómo dejar de amar la belleza de su sensibilidad humana, su tibia y blanda ternura, sus tenaces batallas para convertirme en un ser civilizado.

Si aquello no fuera suficiente, se suma mi admiración por su poesía, que me hace encontrar la densidad de las palabras sencillamente expresadas, que en los lugares comunes del idioma ella encuentra el ángel de la palabra amada. Su poesía es mi bálsamo tierno y suave como el temblor de las alas de una mariposa.

Vivo enternecido con su delicada esencia de ser madre, “paloma y acero” con sus “manos fieles de siempre” y ejerciendo su “libertad bravía” y también, porque despierta en mí una pasión inextinguible por su ser exquisitamente mujer, es un poema permanente que sacia mi sed de amarla hasta en Marte y los confines del Universo.

Viendo en la profundidad de la mirada de la mujer que amo, me reconcilio conmigo mismo y comprendo que el mundo es un lugar hermoso para vivir y compartir, que su grandeza empieza cuando

cuidamos de ella cada día. Que es mejor reconocer en todos nosotros la magnífica naturaleza humana, con sus bellas igualdades colectivas y sus mágicos misterios particulares.

Por eso, en Carolina encuentro que cada acto de la vida misma es una buena razón para renovar utopías y sentimientos. En nuestros hijos, que son la síntesis de nosotros mismos, en el cariño fuerte de nuestros parientes, en la solidaridad amable de los buenos amigos, depositarios de nuestros afectos.

En su palabra y poesía me dan el sonido de todas las voces; están presentes las voces de las gentes, en el cristalino reír de los niños con quienes trabajamos y nos regalan la posibilidad de tener una razón para creer en el hombre y su destino superior. Su poesía impregna el terciopelo de los cantos de pájaros que escuchamos juntos en el contacto íntimo con la profundidad del universo, en la voz y el aroma de la lluvia sobre la tierra seca, que se llena de nostalgias y memorias. Sus versos recorren los viejos ritos de afectos, de riñas y distanciamientos, que nos devuelven al mágico mundo de lo humano, donde a pesar de todo, prevalece el amor, la amistad, la solidaridad y se renueva la posibilidad de dar y recibir perdón, pero también, la excelente oportunidad de dar y procurar alegría, gozo, consuelo, alivio y olvido, pisando siempre este barro hermano, paisaje inmaculado de bravías montañas, ríos confidentes y planicies apacibles.

Carolina no es mujer de intrigas, a veces, su palabra es abrupta, arisca y escabrosa, pero jamás mal intencionada, maliciosa o maquiavélica, por eso su palabra es confiable, reconfortante y positiva; no existen las dobles intenciones, los fingimientos ni las imposturas.

Por todo ello, doy gracias a Carolina, por la poesía que brinda, por ser lo mejor que me pudo haber sucedido en la vida.

*Días vendrán en que el color
de una rosa y el escuchar crecer
a la yerba, serán realmente
importantes: por ahora, como
Diógenes, busquemos al hombre y su
cultura, luchemos por ella.*

Nicolás Matayoshi



*Estoy a la orilla del mar
esperando
el silencio*

Carolina Ocampo

1523

Carolina Ocampo



*Se' en mí
atroz alegría
vértigo
racio
oficio de miel
susurro de cerbos, de ternura
de asombro.*

Carolina
26.6.99